

January 2014

## Algunos desafíos de la educación superior en torno al conflicto colombiano. Reflexiones a propósito de la relación entre educación y sociedad

Guillermo Londoño Orozco

*Pedagogía y Didáctica, Vicerrectoría Académica, Universidad de La Salle, Bogotá,*  
glondono@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

---

### Citación recomendada

Londoño Orozco, G. (2014). Algunos desafíos de la educación superior en torno al conflicto colombiano. Reflexiones a propósito de la relación entre educación y sociedad. *Revista de la Universidad de La Salle*, (65), 33-50.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact [ciencia@lasalle.edu.co](mailto:ciencia@lasalle.edu.co).

# Algunos desafíos de la educación superior en torno al conflicto colombiano.

Reflexiones a propósito de la relación entre educación y sociedad\*

Guillermo Londoño Orozco\*\*

## ■ Resumen

El presente artículo hace parte de un proceso de análisis y reflexión en torno al papel de la educación superior en el escenario actual del conflicto Colombiano, papel que debe ser protagónico y que debe combinarse con las funciones sustantivas del mundo universitario. Como prolegómenos a tal idea, se realizan algunas consideraciones previas en las que, a partir del reconocimiento de la relación entre educación y sociedad, de los problemas y desafíos de nuestra sociedad y de la educación superior y de algunas características del conflicto colombiano, se enfatiza en la inminente y necesaria participación de la educación superior, como uno de los agentes fundamentales para la comprensión y transformación de tal problemática.

**Palabras clave:** educación y sociedad, educación superior, conflicto colombiano, educación para la paz.

\* Artículo corto presentado en el Doctorado en Educación y Sociedad, Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia. Este artículo fue publicado en la revista *Itinerario Educativo*, volumen xxviii, número 63, pp. 197-214, de la Universidad de San Buenaventura, y se publica con autorización del editor.

\*\* Estudiante del Doctorado en Educación y Sociedad de la Universidad de La Salle; Magíster en Educación; Especialista en Pedagogía; Especialista en entornos virtuales de aprendizaje; Licenciado Filosofía. Coordinador Pedagogía y Didáctica, Vicerrectoría Académica, Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia. Correo electrónico: glondono@lasalle.edu.co

## Introducción

La relación entre educación y sociedad tiene muchas aristas de comprensión y acción. Los diversos niveles de educación y los numerosos problemas de la sociedad ameritan una reflexión permanente sobre la presencia e influencia del medio educativo frente a tales problemas. Uno de ellos, es el conflicto colombiano y la responsabilidad que la educación superior debe tener para su comprensión y superación. En ello surge la necesidad de rescatar el protagonismo que, como parte de su misión histórica, deben tener las universidades en la búsqueda de alternativas a este tipo de situaciones. Iniciamos haciendo ciertas precisiones sobre la evidente relación que debe darse entre educación y sociedad, para ubicar luego algunos escenarios, muy generales, de las problemáticas sociales y los problemas y desafíos de la educación superior. Desde ese contexto general, pasamos a reflexionar sobre el conflicto colombiano, para finalmente pensar el papel de la educación superior en ello.

## Una relación evidente entre educación y sociedad

Hay un tema, respecto del aprendizaje que llama particularmente la atención: pese a la cantidad de libros y escritos sobre aprendizaje autónomo y sin desconocer sus fundamentos y aportes, inquieta la conjunción de los términos *aprendizaje* y *autonomía*: ¿aprendizaje autónomo? Luego, ¿Una de los principios fundamentales para que pueda darse el aprendizaje, no es la autonomía del sujeto? ¿Se puede aprender sin autonomía? ¿Puede alguien aprender, si autónomamente no lo desea? Estos cuestionamientos no están orientados a desconocer el valor o pertinencia del aprendizaje autónomo; simplemente llaman la atención sobre el hecho de que no sería necesario el calificativo autónomo, en cuanto que una condición del aprendizaje es la autonomía; esta subyace como categoría misma del aprendizaje.

Pero, ¿por qué hablar de esto, cuando lo que desea el texto es plantear la relación entre educación y sociedad? Se trata precisamente de una analogía: así como de cierta manera no tiene mayor sentido utilizar conjuntamente los términos *aprendizaje* - *autónomo*, podríamos decir lo mismo frente a educa-

*ción y sociedad*. Hablar de la relación entre educación y sociedad es hablar de algo evidente. La educación existe, nace y se desarrolla en, por (a veces en contra) de la sociedad; la educación no es ajena a la sociedad; es su referente de sentido y su razón de ser. Como plantea Camacho (2012b): “educación y sociedad no son meras palabras unidas gramaticalmente por una conjunción; son palabras llenas de sentido y sustentadas desde la comprensión de lo humano, el lenguaje, la cultura, las emociones, los deseos y los sueños de quienes habitamos y somos habitados por el mundo de la vida” (p. 2).

Esa unión, más allá de la conjunción de palabras, se soporta en la misma historia. Haciendo un rápido brochazo por la historia de la educación (Londoño, 2001), descubrimos una constante: su estrecha relación con las condiciones históricas del momento: en la época de las grandes civilizaciones milenarias, como China, India, Egipto, Mesopotamia, el Pueblo Hebreo, etc., miles de años antes de Cristo, la educación como sistema existió para príncipes y sacerdotes, quienes recibían de los maestros (autoridad) el conocimiento de la tradición que debían asumir para mantener el *statu quo*. El conocimiento era de orden metafísico y ello determinaba muchas de las comprensiones sobre el mundo. El mundo griego superó la visión mítica del conocimiento e inauguró en occidente el imperio de la razón y desde tal racionalidad se fundamentó la ciencia, la ética y la política, configurando en los grandes exponentes de la filosofía apuestas educativas de corte precisamente racional, ético y político. La educación en Grecia (*paideia*) estaba dirigida a formar al “político” que a su vez era el ciudadano libre que ejercía sus derechos y deberes en la “polis”; así que ciudadanía, derechos y deberes, libertad y ética eran los elementos fundamentales del proceso formativo que, de alguna manera, los romanos llamaron “humanitas”, y que a su vez fue tan importante para entender el *trivium* y el *quadrivium*.

La Edad Media configuró un enorme engranaje que desde la escolástica, abordó los problemas de la fe (teología) la razón (filosofía) y todo el acervo de conocimiento disponible a través de tres (*trivium*) o cuatro (*quadrivium*) vías o caminos por las que podían adquirirse todos los conocimientos. Para ello creó todo un sistema educativo que no sólo permitía transitar por esos caminos, sino que soportaba la apuesta religiosa, política y cultural de la Iglesia.

El Renacimiento permite al mundo abrir nuevamente los ojos a la naturaleza y a la realidad humana como lo hicieran los griegos en ese primer nacimiento de la razón. Los diversos avances y creaciones, la aparición de las academias, la Reforma y la Contrarreforma junto con la fuerte presencia del Humanismo Renacentista, tuvieron un impacto impresionante en el campo de la educación, lo que transformó no sólo la mirada a la educación misma, sino que abrió la puerta a planteamientos relacionados con la educación para el pueblo, para la cultura y para la ciencia, al igual que una visión humanista que superaba la perspectiva teológica impuesta hasta ese momento. A partir del siglo XVII se cosechan los frutos del Renacimiento y se da paso a la modernidad y a las grandes revoluciones científicas; ello no sólo tuvo enormes implicaciones en la sociedad, sino en los sistemas educativos. Es el nacimiento de grandes teorías educativas y de estudios en el ámbito pedagógico; comienza a hablarse de educación por niveles, de didáctica, de educación centrada en el niño, de pedagogía como ciencia (Herbart). Así, se inicia el camino por diversas revoluciones educativas, gracias -entre otros aspectos- a la aparición de teorías y enfoques pedagógicos.

El siglo XIX y el auge de la revolución industrial junto con la consolidación de los estados nacionales, dan todo el protagonismo a la educación. Se entiende que la consolidación de los estados y el desarrollo industrial requirieran de un sistema educativo que aportara a la consolidación de unos y otros. Este hecho da origen a todos los planteamientos de la educación activa y la Escuela Nueva, que continúa dando frutos no solo a lo largo del siglo XX, sino con presencia en muchos escenarios de la época actual. El siglo XXI, se caracteriza por un amplio espectro de situaciones: el paradigma de la complejidad (Morín); la reconfiguración del proyecto moderno (posmodernidad); la modernidad líquida (Bauman); el desarrollo sin precedentes de la ciencia y la tecnología; las transformaciones culturales, sociales y políticas a nivel global, local o regional; la consolidación de un mundo globalizado; la centralidad de una sociedad soportada en el conocimiento; y, entre otras, las grandes transformaciones en el campo de las ciencias sociales, que dieron amplias miradas para las ciencias de la educación. En este contexto no sólo el pensamiento educativo y pedagógico, sino las tendencias y sistemas educativos, dan cuenta de una variedad de desarrollos

y perspectivas, como ocurre en los diversos contextos y sociedades. Las miradas en lo político, ético, económico, pedagógico, social, cultural, epistemológico, etc., inciden en diversas miradas en torno no sólo a la comprensión de la educación misma, sino a los sistemas educativos.

¿Qué nos dice este sintético, aunque incompleto panorama de la historia de la educación? Simplemente que educación y sociedad, más que conceptos, son realidades inseparables. De esta manera plantear el problema de la relación educación-sociedad, al menos desde su enunciación, parecería una empresa fácil. Fácil porque -como permite reconocerlo este breve recorrido por la historia-, la educación es una institución social y como tal está asociada a la sociedad misma. Volviendo a nuestra analogía inicial, si al aprendizaje subyace la autonomía, ¿Por qué se hace necesario hablar de aprendizaje autónomo? Tal vez porque se han perdido sentidos respecto del aprendizaje y se hace necesario recuperar la importancia de la autonomía en él. Igualmente podemos decir, ¿Por qué hablar de la relación entre educación y sociedad, cuando esta es tan evidente? Tal vez, porque lo que nos revela el panorama actual respecto de lo social y de lo educativo, obliga a poner en escena esa relación, muchas veces perdida.

Si la educación es consustancial a la sociedad, ello no significa que la relación sea siempre directa, diáfana, transparente. Por ejemplo, en las relaciones humanas hay, de alguna manera, relación entre enemigos, entre una pareja de divorciados, entre hijos de familias enemigas. Aquí la relación ni es cercana, ni amigable. No constituye una buena relación por ser conflictiva o problemática, pero al fin y al cabo es relación. Y esta otra analogía nos orienta e impele a mirar cómo concebimos esa relación, cómo se da, en qué consiste, hasta dónde es efectiva. Igualmente pueden ser diversas las formas de relación: una relación independiente (cada una es un mundo), una relación lejanocercana (puntos de encuentro y de distancia), una relación conflictiva (educación que enfrenta el sistema o sistema que opaca la educación), una relación armónica (educación que aporta a la sociedad y sociedad que favorece la educación).

Dadas las innumerables alternativas de comprensión y componentes de esa relación y la imposibilidad de abordarlas todas, quisiéramos en lo que sigue ubicar

algunos problemas o desafíos que enfrenta nuestra sociedad y nuestro sistema educativo, para hacer evidente la imperiosa necesidad tanto de resignificar la educación, como de hacer un llamado a la educación para que cumpla con su función de ser respuesta a muchos de los problemas sociales. Pero dado igualmente lo amplio de este punto, quisiéramos detenernos particularmente en la problemática colombiana (específicamente el conflicto) que exige a gritos, entre otras cosas, una respuesta desde la educación superior, en su papel de ir más allá de la formación academicista o profesionalizante.

### **Problemas y desafíos de nuestra sociedad**

En este aparte solo deseamos hacer una breve indicación a los retos y desafíos de nuestra sociedad contemporánea. El auge de la racionalidad técnica instrumental, el desarrollo de la globalización no solo de la economía sino de la cultura y de las diversas formas de mediación cultural, el capitalismo salvaje y su consecuente expresión en el neoliberalismo, la inestabilidad política de muchas naciones, la guerra, la inequidad e injusticia, el hambre, el calentamiento global y todo el problema ecológico de nuestro planeta, no parece ser una panorama muy halagüeño respecto de lo que enfrenta el hombre de hoy.

Más allá de un pesimismo desmotivante, lo que se observa es un gran reto para la sociedad misma y por ende para la educación. Tal panorama exige de la sociedad en todo su conjunto la definición de alternativas que hagan viable nuestra existencia en el mundo y en especial la de las futuras generaciones. En todo ello hay un trasfondo ético muy importante y que tiene que ver con el deber mismo del hombre en su sociedad, en cuanto es una decisión ética que tiene que superar intereses particulares o racionalidades que se declaran éticamente neutras. Estos intereses en gran medida han estado supeditados por perspectivas de mercado, lo que le aleja de su dimensión ética, como lo plantea Arrow: “El mercado es incompleto porque jamás podrá subsumir los “principios de la ética y la moralidad” que son “instituciones invencibles” (Arrow, citado en González, 2006, p. 26). Pero además, las instituciones tampoco son la panacea porque se mueven dentro de los límites que les imponen “el poder y la corrupción del dinero” (Arrow, citado en González, 2006, p. 2da 30).

El mercado, la sociedad de consumo y el dominio del dinero, plantean serios problemas éticos y son caldo de cultivo para los demás problemas de la sociedad. La visión racionalista y utilitarista ha promovido cambios en la cultura y la sociedad que demandan respuestas inaplazables desde diversos ámbitos de la vida social y desde las diversas instituciones sociales. Una de ellas es la educación y dentro de ella, la educación superior adquiere un papel fundamental.

### **Problemas y desafíos de la educación superior**

Así como la sociedad enfrenta esta problemática general, igual ocurre con la educación superior. Como señalan Brunner *et al.* (1995) se ha venido dando en Iberoamérica un crecimiento sostenido de la educación superior. Este crecimiento es más del orden cuantitativo que cualitativo, generado especialmente por procesos de masificación y reflejado en el incremento de programas y matrículas. Pese a ello, la educación superior en nuestro continente aún no logra promover un capital humano que responda a las necesidades de los países de la región, al desarrollo social y al crecimiento económico, científico y tecnológico, en perspectiva sustentable. La educación pública es permeada por un sinfín de trabas y problemas propios de los sistemas públicos, y la privada, movida más por el mercado, se aleja en gran medida de su responsabilidad social.

Una radiografía de los años ochenta sobre la educación superior, hace evidente un panorama que sigue estando presente hasta el día de hoy:

Síntomas de una progresiva parálisis institucional se perciben con nitidez en varios países [...] un período relativamente largo de restricciones presupuestarias (durante los años 1980) hizo caer las inversiones en infraestructura, bibliotecas y equipamiento; las remuneraciones pagadas a la mayoría de los docentes son bajas y en algunos países se ha ido produciendo una rigidización de las posiciones académicas y un envejecimiento de los planteles docentes; la organización académica de facultades y escuelas ha tendido a burocratizarse [...] los tradicionales métodos pedagógicos de “lecciones frontales” al nivel del pregrado perviven (Brunner *et al.*, 1995, p. 6).

Llama la atención cómo esa parálisis institucional es fruto de esas restricciones, rigideces, posturas, esquemas burocráticos, anquilosamientos curriculares y pedagógicos; pero llama más aún la atención que, sin desconocer la evolución del sistema de educación superior, 30 años después, se viven otras formas de parálisis o similares, reflejadas no sólo en estancamientos de ese orden, sino en procesos que responden más a las demandas de organismos multilaterales y organismos que certifican y acreditan, que a las reales necesidades de la sociedad, que ve con preocupación posibilidades para un mejor futuro.

La principal preocupación radica en saber hasta dónde la oferta académica, los procesos de investigación y las acciones de extensión y proyección social atienden a las necesidades de la sociedad. Es un tema de pertinencia que no puede abordarse sólo con políticas gubernamentales pues hoy, como hace más de 60 años, "cada ministro trae el suyo, y trae también su renovado equipo de técnicos y consejeros, los que han de opinar de manera distinta a los que se marchan, para acentuar su originalidad" (Nieto Caballero, citado en Ortiz, 2012, p. 113). Con cambios, con improvisaciones, difícilmente podremos hacer pertinente la educación superior.

Así, uno de los desafíos que afronta nuestro mundo actual, tiene que ver con la pertinencia de su educación superior, donde si bien se han dado cambios importantes, se actualizan los currículos y las filosofías institucionales, pareciera que no sigue permeando a la sociedad como debiera. El estancamiento en sus dimensiones y proyectos, unido a la ausencia de recursos para ir más allá de demandas de formación u ofertas educativas masificadoras, obliga a repensar la manera como gobiernos, política y en especial la academia, asumen la razón de ser de la educación superior en nuestro continente, de tal manera que podamos superar esa realidad en la que, como lo plantea Ortiz (2012, p. 113): "las políticas educativas, en buena parte, dependen de los intereses y caprichos de ciertos sectores y menos de las necesidades de la población". Ello da cabida a la pregunta de hasta dónde es posible determinar el sentido y alcance de la educación superior latinoamericana: si se trata de una institución preocupada por su supervivencia o dependencia de criterios exógenos, o de una cuyo centro es el desarrollo científico, social y humano.

El problema de la educación es un problema estructural que viene desde nuestros orígenes y que se acentúa y continúa desde principios del siglo XX. Una educación improvisada para una sociedad improvisada. Muchos de los problemas de la sociedad actual no son sino el reflejo de una mala educación que no aporta la construcción de una mejor sociedad. Es un problema de gran envergadura, en el que lo que ha definido los horizontes de la educación, ha dependido más de intereses particulares, que de otros de orden social y cultural en aras de construir una mejor sociedad.

Ha habido entonces crecimiento, pero poco impacto; y mientras la educación superior no se mire a sí misma y sólo se preocupe por su sostenibilidad, por la demanda de matrículas y por el cumplimiento de estándares impuestos en torno a la calidad, poco será lo que logre en cuanto a su pertinencia e impacto social, científico y tecnológico. Se hace necesario recuperar posturas que recuperen la dimensión ética y política de la educación superior.

### **El conflicto colombiano**

Hemos expuesto en los puntos anteriores algunos desafíos generales de la sociedad y otros tantos de la educación superior. La insistencia en ello por su pertinencia social y la urgencia de una educación superior que sirva como plataforma para enfrentar muchos de los problemas y desafíos de nuestra realidad, cobra toda su fuerza en el caso de la situación colombiana.

Colombia experimenta muchas de las problemáticas señaladas atrás. Vivimos las crisis del mundo global y de los “países en vía de desarrollo”. Pero tenemos nuestras propias particularidades: la violencia asentada en la propia historia y su respectivo conflicto armado; el narcotráfico; el manejo de la propiedad de la tierra, en el que no se ha encontrado una salida a la concentración de la riqueza y que sostiene una alta inequidad en la distribución de la misma; los niveles de pobreza y la pobreza extrema; el crecimiento económico que favorece solo a unos cuantos privilegiados y que soporta la inequidad; la falta de justicia, la impunidad; los altos niveles de corrupción, etc. Tal panorama coloca en el escenario una gran pregunta: ¿dónde está la educación? ¿Qué ha hecho

para generar en las mentes y corazones de los ciudadanos, conciencia de tales problemáticas y deseos de superación de las mismas? La educación nuestra afronta una grave crisis: no por los resultados en pruebas internacionales (que preocupan igualmente), sino porque dice muy poco frente a la realidad de nuestro país.

De toda esa gama de problemas, quisiéramos detenernos en uno de ellos, tan importante como los otros, pero que en el momento actual, merece aún más nuestra atención: el conflicto colombiano.

Problemas como los mencionados, especialmente los relacionados con el tema de la tierra y la distribución de la riqueza, la inequidad y su consecuente exclusión, permiten ubicar algunas raíces de nuestro conflicto: un país que creó un proyecto excluyente sin un proyecto compartido de nación, dio origen a visiones contrarias, en las que los excluidos no contaban. Desde la misma época de la independencia hasta nuestros días (pasando por la época de la república, la guerra de los mil días, la guerra entre liberales y conservadores y la posterior aparición de grupos armados como la guerrilla, los paramilitares), esa exclusión ha favorecido un camino de violencia:

La sociedad colombiana se ha construido en medio de un permanente ejercicio de violencias, así lo fue en su proceso de independencia del coloniaje español, en su conformación como república independiente vivió más de veinte guerras civiles y cerró el siglo XIX y le dio la bienvenida al siglo XX, con la más grande y extendida de ellas, la que se conoce en nuestra historia como la "Guerra de los mil días", los triunfadores, el partido conservador impuso una relativa calma, producto de su supremacía e inicio por tres décadas una "hegemonía conservadora", que va a ser quebrada por la "República liberal" y la "Revolución en Marcha", liderada por Alfonso López Pumarejo (Celis, 2010, p. 1).

A veces nos preguntamos, ¿por qué tanta violencia? No es sino mirar esa trayectoria para evidenciar cómo, paso a paso y momento a momento, ella ha estado presente y se ha venido configurando como una manera de ser y de actuar; casi como una forma cultural. El reto radica en qué tanto está dispuesta

la sociedad colombiana a confrontar su realidad, como una sociedad capaz de asumir la responsabilidad histórica de romper con esa tradición violenta, que ha hecho de la sangre (y no de la palabra, el pensamiento o la acción ética) el estandarte para el desarrollo político y democrático. El hecho de que la violencia no solamente haya atravesado nuestra historia, sino nuestra cultura, impele a mirar el papel que la política, la educación y las instituciones sociales han tenido en ello. Una inquietud particular radica en analizar *dónde y cómo ha estado presente la educación superior en todo ese trayecto histórico de violencia social y política.*

Esta herencia histórica coloca a Colombia en un escenario preocupante, en relación con los demás países de América Latina, muchos de los cuales han superado sus propios conflictos y caminan en la senda de hacer valer la justicia. En Colombia continúa el conflicto con tres actores armados (guerrilleros, paramilitares y fuerzas del estado) con un gran impacto en el tema de los derechos humanos:

La Comisión, por su parte, ha analizado la situación colombiana en sus informes anuales de manera ininterrumpida desde 2000 y ha constatado que en este país se “afectan seria y gravemente el goce y ejercicio de los derechos fundamentales consagrados en la Convención Americana”; que “los efectos del conflicto armado continúan golpeando a los sectores más vulnerables de la población civil”; que persisten los “patrones de violación de los derechos a la vida y la integridad personal” y que las ejecuciones extrajudiciales y el desplazamiento interno siguen siendo motivo de preocupación (CIDH, citado en Fundación para el Debido Proceso Legal, 2010, p. 8).

Alrededor de tal situación ha sido evidente la indiferencia de la sociedad y son tímidas las acciones, configurando un escenario con “*diferentes Colombias*”: la rural, la urbana, la de quienes concentran su riqueza en inmensas extensiones de tierra, la de los guerrilleros, la de los paramilitares, la del gobierno, etc. Lo anterior impele a buscar un nuevo orden social que permita rescatar una idea conjunta de nación, una verdadera democracia; de lo contrario, la zozobra seguirá estando presente en nuestra historia:

Lo que sí puede ocurrir es un deterioro creciente de la situación, que obligue a los colombianos a convivir durante decenios con una realidad de continua zozobra individual, de profunda incapacidad de acción política y social, de penetración del militarismo, apoyado por los narcos y los descontentos de toda clase (Melo, 1988, p. 11).

Tal situación apalancada por problemas sociales como los ya indicados ponen en vilo posibilidades de transformación. Si ello no se enfrenta, la violencia seguirá extendida por el país, y seguirá aplazando la idea de construcción de un proyecto de país conjunto, que integre a toda la sociedad. Un proyecto que clama por la justicia de quienes han vivido el dolor por desapariciones, torturas, ejecuciones extrajudiciales, violaciones por parte de todos los actores del conflicto; pero una justicia que abra la puerta para que los actores en conflicto puedan ser partícipes de ese proyecto de nación. Si no es así, el proceso de polarización que ha vivido Colombia difícilmente podrá favorecer un verdadero proceso de paz, como el que se negocia en el momento. Mientras “los actores” de cada extremo mantengan convencidos a la sociedad civil de que no es posible una salida intermedia, los sofismas que distraen (lucha por el pueblo o destrucción del terrorismo, etc.) son un caldo de cultivo que seguirá aminorando verdaderas posibilidades para la paz y la negociación.

La polarización nos aleja de la paz y nos mantiene en la zozobra. Las posturas que asumen grupos del conflicto o fuerzas políticas o grupos sociales, generan miradas extremas que anulan la mirada del otro, que promueven su aniquilación. Radicalismos y polarizaciones llevan a revoluciones y a conflictos más graves; se pierde la confianza en los mecanismos normales para buscar consenso y entonces se desconfía, se niega, se rechaza, se cierran las puertas a salidas negociadas. Ello perpetúa el conflicto:

Ante la pérdida en la confianza en los mecanismos normales para resolver los conflictos políticos y encontrar soluciones de consenso, a través de los canales públicos, los grupos sociales y políticos comienzan a polarizarse... Cada grupo puede ser víctima de otro, más allá de lo que la ley autoriza. Y cada grupo comienza a pensar que los demás están buscando imponer un dominio total; o incluso que buscan

aniquilarlos, y siente que debe defenderse de ese peligro [...] Estas situaciones tienden a auto perpetuarse y a autoalimentarse (Melo, 1988, p. 2).

El tema requiere un consenso social en el que se incluya la justicia, la verdad, la reparación, la no repetición, el reconocimiento a las víctimas y reformas estructurales a problemas serios del país que se han ocultado durante todos estos años gracias al protagonismo casi exclusivo que ha tomado el tema de la violencia. Y ello implica el concurso de la sociedad entera, de una sociedad que supere la ceguera respecto de las verdaderas dimensiones del conflicto y de las posibilidades de su superación. Abrir el paso a la paz implica negociar, y en las negociaciones siempre se debe estar dispuesto a ceder algo y ganar algo, de lo contrario no obtendrá sus frutos. El reto consiste en cómo desbloquear un conflicto en el que la gente ya no cree en soluciones, en el que grupos políticos y armados, terratenientes y fuerzas que se nutren de la guerra no quieren ceder en sus pretensiones; en el que se reclaman reformas estructurales y en el que son necesarios mecanismos reales para la protección de los derechos humanos.

Este rápido y complejo panorama y en ello la conciencia de la necesidad de convocar a la sociedad para construir un proyecto conjunto de nación y una verdadera democracia que convoque a toda la sociedad, permite preguntar: ¿Dónde está la educación superior? No es una pregunta menor. Tiene toda su vigencia el cuestionar el papel de las universidades en la idea de construir proyectos verdaderamente democráticos, en la de promover un proyecto de nación compartida, incluyente, justa y más equitativa. ¿su rol es seguir formando por competencias, desarrollando proyectos de investigación avalados por la metodología científica tradicional para subir en los Rankings, hacer ciertas actividades asistencialistas denominadas proyección o responsabilidad social, o mercadear servicios educativos? Y mientras ello ocurre, ¿Qué pasa con nuestro conflicto, con nuestra sociedad y con las posibles soluciones? ¿Por dónde se orienta el discurso de los académicos y sus investigaciones? ¿Cuáles son los perfiles de salida de los profesionales que egresan de los sistemas educativos de educación superior?

Este tipo de preguntas son las que permiten reconocer la imperiosa necesidad de recuperar el nexo “evidente” que debe darse entre educación y sociedad. En este caso, entre la educación superior y entre una sociedad que se desangra por su conflicto.

### **El papel de la educación superior frente al conflicto colombiano**

La Universidad tiene entonces un serio compromiso como ente de educación superior con la historia. Si hemos estado a espaldas de la realidad, es el momento histórico de superar miradas más allá del academicismo o más allá de su centralidad por la demanda o el cumplimiento de estándares impuestos desde fuera. El compromiso es con la realidad social.

Ante la complejidad de los desafíos mundiales, presentes y futuros, la educación superior tiene la responsabilidad social de hacer avanzar nuestra comprensión de problemas polifacéticos con dimensiones sociales, económicas, científicas y culturales, así como nuestra capacidad de hacerles frente. La educación superior debería asumir el liderazgo social en materia de creación de conocimientos de alcance mundial para abordar retos mundiales, entre los que figuran la seguridad alimentaria, el cambio climático, la gestión del agua, el diálogo intercultural, las energías renovables y la salud pública (UNESCO, 2009, p. 2).

Así como debe responder a los desafíos mundiales, debe responder a la problemática de violencia de nuestro país. Ello implica una mirada a sus apuestas docentes, investigativas y de proyección social. El tema de los currículos debe superar la idea del desarrollo de planes de estudio pensados más en el saber hacer, para asumir la comprensión cultural del currículo en su perspectiva inter y transdisciplinaria que permita abordar problemas reales, más allá de los propios de un oficio en particular. Las investigaciones deben tener la posibilidad de enfrentar las dictaduras de los metodologismos científicas o la preocupación de desarrollos en ciencia y tecnología “*per se*”, que si bien aportan al conocimiento y no deben olvidarse, obligan a replantear los problemas y decisiones investigativas. La proyección social debe entender cómo el desarrollo de la academia, debe lograr un impacto “real y efectivo”, en los

procesos de transformación de realidades específicas y problemáticas de los diversos entornos sociales.

Como puede observarse, es la mirada desde las funciones sustantivas mismas de la universidad, pero con pertinencia social. Es mucho lo que tiene que aportar el mundo universitario desde las aulas, para lograr en la formación de futuros profesionales una conciencia ciudadana y democrática que supere el dolor que muchos cargan a sus espaldas y que rompa el hechizo de las polarizaciones. Es mucho el conocimiento que puede proveer la academia para vislumbrar alternativas de desarrollo social, de atención a problemas estructurales de nuestro país; para la orientación de políticas que favorezcan reformas y desarrollos que enfrenten muchos de los problemas que son raíz de nuestro conflicto, como el tema rural, la tierra, el desarrollo social, la equidad, la ética en la política, etc.

Qué bueno que las universidades piensan en ser medidas, no solo por sus *rankings*, sus *papers*, sus citas en grandes revistas indexadas, sus certificaciones de calidad o acreditación académica, sino que las acreditaciones, más allá (o superando) de la “cienciometría”, o de los factores homogeneizantes, sea dada por la formación contextualizada de profesionales y el desarrollo de conocimiento que aporta a la transformación social y que fomenta cambios en los sujetos y sus realidades, a partir de una conciencia que se forjan desde las aulas, los laboratorios y los campos de trabajo.

Son muchos los desafíos de la educación superior relacionados con el desarrollo humano, la igualdad distributiva, la educación rural, el crecimiento de la educación, su competitividad, la participación en las economías del conocimiento, la calidad y la incidencia social y política. Más allá de tales retos, debe tener un papel preponderante su participación en los procesos de integración y cohesión social, la movilidad social, el crecimiento económico y la competitividad. De otro lado, vislumbrar maneras de cómo hacer uso de la amplia gama de posibilidades que ofrece la sociedad del conocimiento, para formar un capital humano que ayude realmente a la transformación y desarrollo del país, y a partir de ello aportar a mejores niveles de crecimiento y competitividad, que

soporten también alternativas para superar la violencia, raíz de nuestros problemas. Las vías son claras: o una visión alternativa desde su pertinencia ética, social y política o una visión regulada por sistemas económicos y productivos:

Ahora bien, puede decirse que en el contexto social, cultural y político contemporáneo, la educación oscila entre agruparse alrededor de los procesos de regulación y de optimización del sistema económico y productivo, o alrededor de la ampliación de las libertades para la sociedad en su conjunto, entendiendo que esas libertades no tienen que ver simplemente con su inclusión en las prácticas productivas dominantes, sino con la posibilidad de construir proyectos de vida alternativos... (Camacho, 2012a, p. 29).

Hay que apostarle por ende a una cultura de la educación superior en contraposición a una cultura de la violencia; a una relación entre educación y sociedad, más allá de los academicismos, lo cual no significa abandonar la academia, sino encauzarla; hay que transformar las miradas sobre el currículo, más allá de perspectivas instrumentalistas; hay que apostarle a la transformación de los maestros, partiendo del reconocimiento de su dignidad y cultivando su sensibilidad pedagógica y social; hay que dar cabida en la universidad a la pedagogía ciudadana y no a materias con contenidos sobre cívica, al humanismo y no al desarrollo teórico de las humanidades; en síntesis, hay que recuperar el papel protagónico de la universidad como factor de transformación social pues en sus muros se promueve el conocimiento, la formación, la investigación y estos tres elementos no pueden ser parte de un negocio, sino de una apuesta por un mundo mejor.

El reto de la educación superior en nuestro país frente al conflicto que experimentamos está también en la manera de cómo ayuda a la sociedad a no cerrar sus ojos frente a la realidad: abrir la mirada para entender nuestras raíces, las raíces del conflicto, las posibilidades para su solución y para la paz; reconocer los engaños e intereses que se ocultan detrás de *slogans* o imaginarios creados y sustentados a través de los medios; hacer una lectura de la realidad, que permita identificar juegos y poderes de quienes protegen sus propios intereses y que van en contravía del desarrollo social, humano e integral; reconocer el

valor de la producción de conocimiento científico en educación, desde un enfoque interdisciplinario, que fortalezca claramente esa relación entre educación y sociedad acorde a las urgentes necesidades de una transformación política, social y cultural; superar la tiranía del rigor académico para abrir espacio a “nuevos conocimientos, prácticas y discursos”; ayudar a la sociedad civil a salir del letargo que no le permite ver más allá de lo que otros quieren mostrar; promover lenguajes más allá del mercado, la economía, la eficiencia, el dinero y la productividad, para poner en escena el lenguaje de la paz, la justicia, la equidad, el respeto, el diálogo, la empatía. En fin, una relación entre la educación superior y la sociedad colombiana, que caminen en la vía de recuperar el verdadero sentido de la política, la economía, el derecho y la ética.

## Referencias

- Brunner, J., Balán, J., Courard, H. et al. (1995). *Educación Superior en América Latina una agenda de problemas, políticas y debates en el umbral del año 2000*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Camacho, C. (2012a). Educación y sociedad: una mirada desde la formación doctoral. En *Revista Universidad de La Salle*. (58), 21-49. Bogotá: Ediciones Unisalle.
- Camacho, C. (2012b). *El doctorado en Educación y sociedad de la Universidad de La Salle: Una apuesta por la esperanza*. Bogotá: Universidad de La Salle.
- Celis, L. E. (2010). *Política y Violencia en Colombia*. Bogotá: Corporación Nuevo Arco Iris.
- Fundación para el Debido Proceso Legal (2010). *Las víctimas y la justicia transicional: ¿Están cumpliendo los Estados latinoamericanos con los estándares internacionales? Informe comparativo*. Washington, D.C.
- González, J. (2006). *Ética, economía y políticas sociales*. Medellín: Corporación Región.
- Londoño, G. (2001). *Aproximaciones a la Historia de la Educación y la Pedagogía*. Bogotá: Instituto Internacional de Teología a Distancia, asociado con la Universidad Javeriana.

Melo, J. (julio de 1988). *La crisis puede agravarse. Intervención de en las reuniones de preparación del "Diálogo Nacional"*, por invitación del Congreso de la República.

Ortiz, J. (2012). El buen bachiller: debate por la calidad del bachillerato, 1940-1950. En *Revista Magistro*, 6 (12).

UNESCO (2009). *Conferencia Mundial sobre la Educación Superior, 2009: "La nueva dinámica de la educación superior y la investigación para el cambio social y el desarrollo"*. París: Comunicado 8 de julio de 2009.